

LIBRO SEGUNDO

LAS IDEAS

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES GENERALES

Nunca ha habido oposición más manifiesta entre los hechos y las ideas que en el siglo XVIII. En el terreno de los hechos domina la política de los reyes, es decir, guerras incesantes, desprecio de las nacionalidades, crueldad y mala fe. Cuando se consideran las ideas, parece que se entra en un nuevo mundo. Mientras Luis XIV sacrifica la Francia á la grandeza de su raza y no reconoce más ley que la fuerza, Fenelón y Bossuet maldicen á los conquistadores como azotes del género humano; á la violencia oponen la justicia, á la barbarie la humanidad, á la mala fe la honradez. Estos sentimientos no son los de algunos hombres aislados, son una opinión cada vez más general. La literatura de Luis XIV prelude la filosofía del siglo que comienza. Un contemporáneo del gran rey proyecta, en lugar de la monarquía universal, el plan de una confederación europea, en cuyo seno quedará asegurada la paz, como en el interior de los Estados. Los filósofos, sin creer en la posibilidad de la paz perpetua, hacen ruda guerra á los conquistadores y preparan de este modo á la humanidad una era pacífica. Á medida que se avanza

en el siglo XVIII aumenta la oposición entre los hechos y las ideas. En el mundo real no se ven más que coaliciones de la fuerza contra la debilidad. Una de estas coaliciones se realiza: este es el suicidio de la monarquía. Está tan distante de la corriente de las ideas, que los filósofos, que también ejercen un poder en el siglo XVIII, acaban por no ocuparse ya de ella. Prosiguen su misión de destrucción, y á la vez que destruyen el edificio de lo pasado, echan los cimientos de la sociedad futura. La fuerza reinaba en el antiguo mundo; en el nuevo reinan las ideas, y entre éstas la primera, la justicia.

El movimiento de las ideas en el siglo pasado nos hace perdonar los hechos. No considerando más que la política de los reyes, parece que la civilización intelectual conduce á la perturbación del sentido moral: tanto es el desprecio que afectan los reyes hacia la humanidad y la justicia. ¿Desmentirá el siglo XVIII la doctrina del progreso? Eso es imposible, porque este mismo siglo es el que ha formulado y difundido esta doctrina, y no es la decrepitud la que concibe las leyes de

la vida. Si la creencia en la perfectibilidad del género humano entra definitivamente en la conciencia general en el siglo pasado, es porque se realiza ó, al menos, se prepara un inmenso progreso. Hay un mundo que se va: es la antigua monarquía de derecho divino, con su séquito de absolutismo, de maquiavelismo y de violencia. Hay un mundo nuevo en germen; los filósofos le inauguran. Se ha imputado como un crimen á la filosofía haber conducido á Francia, y en pos de ella á la Europa entera, al abismo de la revolución. Este pretendido crimen es su título de gloria. Pero es preciso explicarse. Hay en la revolución una reacción san-

grienta contra el pasado, obra de cólera y de venganza. Esta es una fase de la revolución ajena á la filosofía. El verdadero culpable es el antiguo régimen. Cuando las víctimas de una opresión secular se levantan contra la tiranía, no se debe acusar al pueblo que se rebela, sino á los tiranos. La misión de la filosofía es mucho más gloriosa. Pura de la sangre derramada, su misión es preparar el terreno, sobre el cual ha de levantarse la sociedad del porvenir, y suministrar á los arquitectos los materiales y los planos que les han de servir para construir el nuevo edificio.